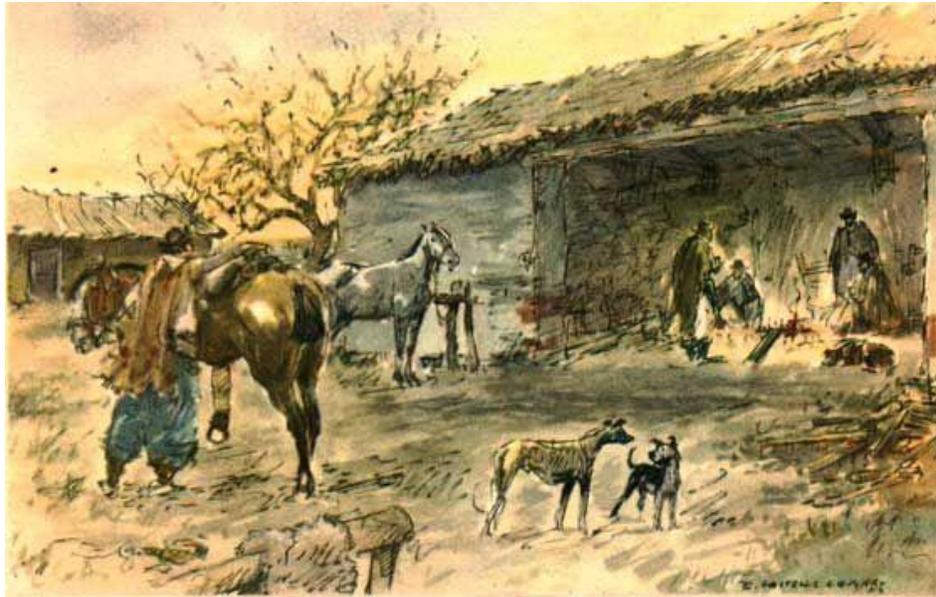


Historia de la Cruz de Hierro y la Llave del Diablo

(El Negro Herrera - Relato anónimo argentino)



(Versión SMD): Cierta día tres hermanos salieron una madrugada a rodar tierras. Después de mucho cabalgar por las áridas llanuras del oeste, divisaron a lo lejos un rancho solitario. Cansados como estaban, decidieron acercarse a pedir cobijo por la noche que se avecinaba y cuando llegaron, se encontraron que el dueño de la finca era, nada menos que... el Negro Herrera. La oscuridad incipiente poblada de lobos y alimañas los animó, no sin temor, a pedirle asilo hasta el amanecer. El Negro los recibió con amabilidad y les dijo que sí; invitándoles unos mates. Ataron sus mulas en el horcón del rancho y conversaron de bueyes perdidos sentados alrededor de un brasero que el Negro tenía en la entrada de su casa para calentarse. Un loro barranquero profería insultos desde su aro, para diversión de todos y así paso el tiempo hasta que el sol se ocultó en el horizonte. En ese instante el anfitrión los invitó a ingresar al rancho para cenar. Una vez adentro presentó a sus tres hijas, quienes pusieron la vajilla y sirvieron la cena, dejando boquiabiertos a los hermanos por su belleza.

Deben saber que el Negro Herrera era una de las advocaciones del demonio y él, según rumoreaba la gente de campo adentro, comía a los peregrinos que llegaban a su casa.

Cuando terminaron de cenar, el Negro trajo una vasija panzona y sirvió un vino fresco a los invitados para asentar la comida. Todos bebieron despreocupados, menos uno de los hermanos que se llamaba Segundo; el cual receloso derramó con disimulo el contenido de su vaso. Mientras brindaban, el Negro comentó que, como no tenía suficientes camas en el rancho, los hermanos tendrían que compartirla con cada una de sus tres hijas. Asombrados y felices los hermanos siguieron bebiendo con entusiasmo, pues la belleza de las mujeres era inigualable; salvo Segundo, que era muy desconfiado y se mantuvo alerta.

Sin embargo, al momento de acostarse los jóvenes se durmieron como por arte de magia; menos Segundo, que fingió hacerlo. Al rato ingresó el Negro Herrera y puso un gorro colorado a cada una de sus hijas y se fue. Segundo, sospechando que algo traía entre manos, se apresuró a ponerse el gorro de su acompañante y lo mismo hizo con sus hermanos que dormían profundamente. Así pasaron las horas hasta que llegó la más oscura de la noche, aquella que precede al alba; cuando sorpresivamente regresó el Negro Herrera y degolló a cada una de sus hijas creyendo que eran los tres jóvenes. Luego regresó tranquilo a su cama a seguir durmiendo. Segundo, que fingía dormir, horrorizado despertó a sus hermanos contándoles lo que había sucedido y los tres huyeron de prisa, aunque el astuto joven se dio tiempo para llevarse los tres gorros colorados. Ya en la puerta del rancho, al ver que los hermanos escapaban, el loro empezó a gritar:

¡Despertate Negro, Despertate Negro, que el Pícaro Segundo se escapa corriendo!
Pero el sueño del diablo era tan pesado, que a pesar del barullo, recién al amanecer se despertó molesto por los alaridos del loro al que le gritó: *¡Callate loro tonto!* Y luego llamó a sus hijas para que se levanten, diciéndoles que tenían un desayuno exquisito. Al ver que no le contestaban se acercó al cuarto... *¡para encontrarlas degolladas y sin los gorros!*

Enfurecido salió a perseguir a los hermanos cabalgando hasta que llegó a un caudaloso río, pero justo en el preciso instante que los jóvenes llegaban a la otra orilla. Como todos saben, los demonios no pueden cruzar las aguas y con su ira incontenible sólo atinó a gritar:

-¡A pícaro Segundo, por tu culpa maté a mis hijas y te robas mis tres gorros! ¡Ah si volvieras!-

A lo que Segundo, girándose apenas en su montura, le contestó:

-Tal vez que vuelva tal vez que no. Tal vez que venga a llevarte a vos.-

El Negro quedó muy triste y los jóvenes continuaron su camino. Luego de mucho andar llegaron a un Castillo, gobernado de un Señor muy próspero, donde pidieron

cobijo y trabajo. A Segundo le tocó cuidar patos, el otro arriaba corderos y el tercero trabajó como criado.

Segundo no tenía más que ponerse uno de los gorros colorados que le había quitado al diablo, para que los patos lo siguieran. En poco tiempo sus aves se multiplicaron y se pusieron gordas y grandes. El Señor estaba tan contento con su trabajo que lo prohijaba y lo invitaba a comer en la mesa con su familia. Pero sus hermanos cada día lo envidiaban más. Tanto era el rencor que sentían, que un día le mintieron al Amo que Segundo se jactaba de ser capaz de traerle la manta mágica del Negro Herrera; aquella que era bordada con campanillas de oro que sonaban durante las noches de luna. Al escucharlos, el Señor quiso poseer ese tesoro y llamó a Segundo para que fuera por la manta, tal como se había jactado. Segundo, desorientado por el pedido, sólo atinó a decirle que nunca no había dicho tal cosa; pero en vano, pues su amo le contestó:

-Pues lo hayas dicho o no, debes traerla. ¡La Voluntad de tu Señor no se puede contrariar!-

Angustiado, Segundo se marchó a cumplir la orden. En las puertas del castillo lo esperaba la hija del Señor quien le dio una alforja con pan y una vasija de vino y le dijo que eran para el artero loro del Negro, que una vez borracho le indicaría como robarse la manta bordada con las campanillas de oro.

Desandando el camino que lo había llevado al Castillo y cruzado el caudaloso río, llegó finalmente a la casa del diablo en plena noche, mientras éste dormía. Apeándose de la mula, al acercarse a la entrada, el loro comenzó a gritar:

-¡¡Negro, Negro.... Aquí anda el pícaro Segundo!!-

El joven sacó de la alforja el pan y lo mojó con vino y al ponerle el emplasto en el pico, el loro comenzó a deglutirlo pidiendo más y más; hasta que apenas se podía mantener en el aro. Feliz estaba el loro de borracho, cuando Segundo le preguntó cómo podía robarle la manta al Diablo, a lo que el beodo respondió con la boca llena:

-El Negro es de sueño pesado, metete por debajo de la cama, escupí las campanillas bordadas para que no suenen y sacá la manta despacito hasta que sea tuya.

Segundo siguió al pie de la letra las instrucciones del loro y robó la manta. Antes de irse le dejó una buena poción de pan con vino para que se entretenga, montó su mula y huyó hacia al Castillo del Señor; pero el loro mamado, empezó a gritar:

-¡Negro... el pícaro Segundo se lleva la manta mágica de las campanilla de oro! ¡El pícaro Segundo se lleva la manta mágica de las campanilla de oro!...-

Cuando al fin el Negro despertó de su profundo sueño, corroboró lo que el loro le decía y enfadado montó en su caballo para perseguir a Segundo, pero cuando llegó al río caudaloso, éste ya estaba en la otra orilla y sólo atinó a gritarle:

-¡A pícaro Segundo, por tu culpa maté a mis hijas, me robaste mis tres gorros y ahora te llevas mi manta mágica de las campanilla de oro! ¡Ah si volvieras!

A lo que Segundo, girándose apenas en su montura, le contestó:

-Tal vez que vuelva tal vez que no. Tal vez que venga a llevarte a vos.-

Raudo regresó al Castillo y le entregó a su Amo la manta mágica y más contento quedó con el joven y más furiosos quedaron sus hermanos que habían pensado que no regresaría. Así pasaron los meses mientras la envidia los carcomía; hasta que un día decidieron redoblar la apuesta y le mintieron al Amo que Segundo se había jactado que podía traerle la borrega de la lana de oro del Negro Herrera. No más escuchar, el Señor quiso poseerla y de inmediato le ordenó a Segundo regresar a la casa del Diablo para traer este tesoro.

De poco valieron las explicaciones de Segundo y tuvo que emprender de nuevo igual camino, tomado las mismas precauciones que antes le había dado la hija de su Amo. Así, llegó a la casa del Negro por la noche, cuando dormía y apeándose de la mula, escuchó al loro gritar:

-¡Negro, Negro.... Aquí anda el pícaro Segundo!-

Segundo volvió a sobornarlo con pan y vino y una vez borracho el emplumado, el joven le preguntó cómo apropiarse de la borrega de la lana de oro, a lo que el pájaro beodo contestó:

-Seguí hasta el corralito tras la casa y la verás, dale una escupida para que no chille y te la podrás llevar.

Así lo hizo y después montó en su mula y regresó al Castillo de su Señor. Mientras el loro mamado cantaba:

-¡Negro... el pícaro Segundo se lleva la borrega de la lana de oro!...

Cuando el Negro Herrera despertó de su pesado sueño y vio lo sucedido, montó en su caballo y salió tras Segundo, pero este ya había pasado el río y el Negro no tuvo más remedio que gritarle:

-¡A pícaro Segundo, por tu culpa he matado a mis hijas, me robaste mis tres gorros, te robaste mi manta mágica y ahora te llevas mi borrega! ¡Ah si volvieras!

A lo que Segundo, girándose apenas en su montura le contestó:

-Tal vez que vuelva tal vez que no. Tal vez que venga a llevarte a vos.-

Segundo regresó al Castillo de su Señor y le entregó la borrega. Más contento todavía quedó el rey con el joven y más envidiosos sus hermanos. Poco tiempo había pasado cuando éstos pergeñaron lo peor. Le mintieron al Amo que Segundo se jactaba que podía traerlo al Negro Herrera en persona. El Señor, convencido de las habilidades de Segundo, le ordenó que cumpliera con lo dicho. Fue inútil intentar explicar que jamás se había jactado de tamaña hazaña y resignado a su destino, pidió que le construyeran un carro de hierro de una sola puerta con una cerradura con llave también de hierro; todo revestido de madera y tirado por siete caballos negros. Una vez que estuvo listo, se disfrazó para que el Negro no lo reconociera y emprendió nuevamente el camino hacia el rancho.

Estando el Negro Herrera tomando mate en la puerta de su rancho, vio aparecer un imponente carro de una oscura madera labrada, tirado por siete corceles negros y conducido por un auriga de larga barba vestido de negro. Cuando el imponente carro se detuvo frente al rancho, el Negro no reconoció a Segundo cuando éste le preguntó:

-¿Sabes dónde queda la hacienda más importante de la zona? Debo entregar este carro al Caballero más poderoso del Oeste.

El Negro desorientado le contestó:

-¡Yo soy el Señor más importante del Oeste, pero no recuerdo haber encargado un carro!-

Segundo, que era astuto, le contestó:

-¡Es un presente de buena voluntad del Señor del Oriente, que desea visitaros pronto y lo manda para congraciarse!-

El loro, que era brujo y taimado, comenzó a gritar:

-¡¡¡Miraló che, al pícaro Segundo!!!-

El Negro Herrera, molesto miró para todos lados y al no ver a Segundo, retó al loro diciéndole:

-¡Callate loro tonto!-

Antes que el loro pudiese seguir hablando, Segundo invitó al Demonio para que viera por dentro el coche, asegurándole que no había otro igual en la tierra tan digno para él. Vanidoso como todo diablo, el Negro no pudo resistir la adulación y aceptó la invitación; pero bien traspuso la puerta Segundo lo encerró de inmediato girando la llave de hierro y el diablo ya no pudo salir; pues como todos saben, los demonios no pueden atravesar el hierro. El loro asustado salió volando hasta desaparecer en el horizonte.

El joven, guardó la llave y tomó las riendas del coche para dirigirse hasta el Castillo. Al arribar, todos los parroquianos hicieron una gran fiesta celebrando la captura del Diablo, por todo el mal que por años habían sufrido. El Señor convocó una Asamblea en el Pueblo y todos decidieron que había que empujar el coche al fondo del río caudaloso y de esta forma el Negro Herrera quedaría encerrado en dos prisiones, una de hierro y otra de agua. Con la llave del carro hicieron una cruz para la capilla del Castillo. Segundo se casó con la hija de su Señor y sus hermanos huyeron sin dejar rastros. Se dice que en la taberna de un pueblo cercano, un loro solía contar la historia del *“Pícaro Segundo”* a cambio de pan con vino.

Muchos años pasaron, Segundo murió de muy viejo como Señor del Castillo al que gobernó con prudencia y justicia. Muchos años después, sobrevino una larga sequía y alguien robó la cruz de hierro, cuando ya nadie recordaba su origen, pero ésa, ya es otra historia.